

# Relojes y Fuentes

tamiento, el reloj, que lleva y acompaña el ritmo de la vida.

En las capitales, las fuentes aparecen con mayor profusión y muchas veces constituyen pretenciosos monumentos, que si en principio vinieron a decorar la fuente propiamente dicha, no fué más que un pretexto para el monumento, y también los relojes disputaron al reloj oficial la misión de marcar las horas, viniendo a sembrar ese pequeño confucionismo que se produce al no ponerse de acuerdo entre sí. Pero siempre hay un reloj en el que depositar la confianza.

En Madrid —en el centro de Madrid— las fuentes tienen y mantienen su rango ornamental, como la Cibeles, Neptuno, las Cuatro Estaciones, la Fama, la moderna de Villanueva y otras, emplazadas en plazas, parques y jardines; perduran muchas de las antiguas, las de los viajes de las aguadoras, con sus panzudos cántaros, y, en las afueras, alivian la penuria de agua en las sequías del verano y en las deficiencias de cualquier momento.

Fuentes, lo que se dice fuentes para beber —que es la misión de la fuente—, hay pocas, y algunas aparecen inutilizadas o mutiladas por el deporte incivil de la generación gamberrista. Así se produce el hecho de que sea realidad el suplicio de Tántalo, y las criaturas clamen por un sorbo de agua al contemplar los surtidores de plata de nuestras fuentes monumentales; claro es que este fallo

no constituye problema, pues nadie niega un poco de agua a ningún sediento y, mucho menos, si se trata de una criatura; no obstante, no estaría de más que estuvieran en hábil rendimiento un número de fuentes que cumplieran su misión.

Algo parecido sucede con los relojes. En Madrid, fué siempre la Puerta del Sol el corazón de la Villa y su latido el desgrane de su reloj, antes el del Buen Suceso y luego el de la Gobernación, hoy Dirección General de Seguridad. De los demás relojes apenas se hace caso, pues a través de los micrófonos de la radio éste no sólo es el reloj de Madrid, sino el reloj y el pulso de España entera. Los demás no destacan, aunque algunas veces digamos que es más seguro el del Banco de España, o nos entusiasme el reloj electrónico del Palacio de Comunicaciones. Al pasar ante estos últimos, raro será que comprobemos el de nuestra muñeca; sin embargo, en la Puerta del Sol, será difícil sustraernos al deseo de confrontar nuestra hora. Este reloj es el que ha contado y ha vivido nuestras horas más alegres y más tristes desde hace más de un siglo.

Ante su triple esfera han cruzado los desfiles más vistosos, los entierros de gran pompa, las mascaradas, los tumultos; hasta él han llegado los vítores más dispares y los mueras más diversos; a sus pies sonaron los disparos que se-

garon la vida de Canalejas; aquí se removió siempre la pasión de los españoles, que no sabíamos hacer nada sin gritar en la Puerta del Sol, y siempre, como un fiel notario, el reloj con sus campanadas marcaba la hora de nuestros aciertos y de nuestras equivocaciones.

Durante nuestra guerra fué mutilado y únicamente quedó hábil la esfera principal, tapiándose las otras dos, que luego fueron repuestas. En el sector de la plaza de Oriente dejó oír la gravedad de sus campanas el reloj de Palacio, que a cada cuarto nos reitera la hora correspondiente para que no podamos aducir ignorancia.

En la Princesa manda el reloj del Buen Suceso; en Chamberí el jaranero y alegre de Santa Teresa y Santa Isabel, cuyo carrillón nos reitera los primeros compases del himno carmelitano; en las Ventas se escucha el de Caldeiro y en el Puente de Vallecas el de la Fundación Elorza.

De los relojes profesionales, sigue siendo el preferido el de Canseco, de la plaza del Ángel, para recreo de chicos y grandes, que se emboban ante los chinitos que manejan las campanas.

Pero hoy el reloj no es problema. El obrero más modesto lleva un reloj de marca, pero siempre supeditado a poder afirmar con orgullo que «lo lleva por Sol»; y todavía quedan los relojes de las estaciones ferroviarias, que casi nunca coinciden en absoluto con nuestra hora; y los relojes de las Plazas de Toros, modelo de seriedad, ya que acaso sea el único acto público que empiece en punto.

Fuentes y relojes constituyen hoy en Madrid un nuevo motivo de esta ornamentación moderna que ha colocado a la capital de España al nivel de las ciudades más bellas del mundo, y tenemos el orgullo de que se ha realizado sin despojar a Madrid de su carácter alegre, chispeante y castizo, con casticismo sano y hasta señorial, que pretenden enturbiar los «gamberreros», afortunadamente sin éxito, pues los madrileños saben hacer fracasar cuanto signifique burla, agresión o molestia a los que llegan a la capital más alegre del mundo para ser un madrileño más, pues de aquí no se va nadie triste, si es que ha bebido agua en Cabestreros y ha visto bajar la bola en la Puerta del Sol.

Mary Luz MERELO  
BURELL

# PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVIA

El último refugio de la vanidad humana es la leyenda en el mármol del mausoleo.



La mentira no es más que una verdad observada desde otro punto de vista.

La unión NO hace la fuerza. Ejemplo: El médico es un confesor; sana tu cuerpo. El confesor es un médico del alma; sana tu espíritu; pero cuando aparecen los dos juntos...

Hay esposos que regalan espejos a sus mujeres para que éstos les digan lo que ellos no se atreven a revelarles.



Aquel famoso músico era tan insomne que no podía dormirse ni sobre sus laureles.

La profesión más trágica para los otros ciudadanos es la del médico. Si se equivoca, siempre mata al enfermo. Si acierta, mata de hambre al de pompas fúnebres y al sepulturero.

Muchos hombres que consideramos amargados, lo son, a veces, porque no les damos ocasión de ser dulces.

El lugar destinado a los que sucumben sin pleno conocimiento de lo que hacen, en el otro mundo, se denomina LIMBO; en éste, MATRIMONIO.

Casi siempre que ellas se arreglan es para desarreglarnos a nosotros.



El trabajo conseguido con gusto proporciona más placer que el gusto conseguido con trabajo.

El único ciudadano que se cansa en las fechas en que hay que descansar, es el excursionista.

El mayor talento de ciertos escritores radica en conseguir que no les entienda nadie.

Cuando una persona se parece a su fotografía del pasaporte es que el fotógrafo es un mal aficionado.



La prueba de que el amor es una verdadera enfermedad es que nos quita el sueño, produce fiebre y nos deja en los huesos.

Para aplacar la sed en el camino del amor, el hombre exige servir de manantial a la amada. La mujer se conforma con ser la última fuente del camino.

José de CORDOVA



la  
universidad  
complutense  
y  
los colegios  
mayores

NANCO

por

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ



## EL SUEÑO, TROCADO EN FELIZ REALIDAD

**N**O esperaba la ciudad tamaña dicha. Bien es verdad que podía enorgullecerse de contar su historia por centurias y exhibir ufana la mención que Plinio hiciera de Iplacea, originaria de la que después sería la Compluto famosa y entre cuyos muros se albergara la familia de Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, primeros pobladores, al parecer, de nuestra patria (1).

Como presea de su insigne ejecutoria podía demostrar la importancia que adquirió luego con los romanos, quienes la llamaron «Complutum» o «Compluvium», de cuyos ambos nombres se derivan sólo elogios, pues el primero indica «lugar rico y feraz», mientras el segundo, «lugar de muchas aguas». Los conquistadores la escogieron como cabeza de una de las vías militares de mayor importancia en la Península, y como lugar preferido en el gran camino romano, denominado «Calzada de la Plata», que, arrancando de la ciudad de Mérida, pasaba por las provincias de Cáceres, Salamanca, Zamora, Segovia y Madrid, para llegar a Compluto, desde donde continuaba a Guadalajara y terminaba en Zaragoza (2).

Bien supieron medir los romanos la importancia de «Complutum», cuando en ella establecieron el Cuartel general de 14 legiones durante el Imperio de Trajano, y adornaron el lugar con monumentos venerables, algunas de cuyas piedras han resistido hasta hoy el oleaje destructor de los siglos.

A su gloria castrense pudo añadir pronto la dicha de trocarse cristiana, por obra y gracia de los primeros misioneros, entre los que se encontraba, según algunos autores, el propio Apóstol, señor Santiago, quien se detuvo en Compluto durante su caminar a Zaragoza (3).

Hasta le cupo el honor de contar entre sus hijos a los primeros mártires cristianos, los valientes niños Justo y Pastor, firmes ante las amenazas del verdugo, que no lograron debilitar su ardorosa fe.

Portilla (4) ha recogido el prodigio acaecido durante el martirio de los santos niños: «Esto pasaba en la tierra cuando, ¡oh, prodigio!, se abrieron los cielos, se apare-

ció Cristo, dejándose ver de los mismos gentiles rodeado de ángeles y santos, que entonando dulces cánticos al triunfo de Justo y Pastor, colocó Cristo sus almas en los Palacios Eternos».

Fué tal el entusiasmo que despertara la entereza de los niños mártires, que, andando los siglos, muchos de sus devotos quisieron trocar el nombre de Alcalá de Henares por el de Alcalá de Santiuste, sin lograrlo (5), prevaleciendo la denominación que le dieron los árabes al conquistarla, quienes tomaron el apellido del río que baña aquellos términos.

Aquella mañana del 26 de febrero de 1498 no era aún ciudad Alcalá de Henares. Habían de pasar unas centurias hasta que recibiese tal título, otorgado por Carlos II el Hechizado, renovando las glorias hispano-romanas, pero muy próxima tenía su fama, que había de cimentarse en albergar entre sus muros la imprenta que dió la Poliglota a la luz pública, ser la cuna de Cervantes y contar en su término municipal al Colegio-Universidad de San Ildefonso.

Mañana nebulosa sobre los campos de Castilla. No han brotado aún las espigas y el invierno transcurre duro y hosco. Pero hay paz en España y por todas partes se extienden halagüeñas noticias de las ricas tierras incorporadas a la corona por los viajes de un genovés insigne.

Revestido de pontifical, cruza las calles alcaláinas Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo de Toledo. El rostro de Fray Francisco revela un inusitado gozo. Bien saben todos que la dignidad cardenalicia no ha turbado su ánimo ni ha cambiado su vida. El nuevo Cardenal, desde la silla primada de los Leandros y de los Isidoros, quiere seguir siendo un fraile franciscano. Para nadie es un secreto que sobre la carne lleva el tosco sayal de la Orden, que come frugalmente y duerme sobre una tarima de madera.

Los enterados afirman que el Pontífice le ha llamado incluso la atención para que guarde las formas que corresponden a su elevado rango y a su prestigiosa autoridad.

Fray Francisco ha obedecido a Roma y ha llenado su casa de magnificencia y boato, pero no ha abandonado la rigurosa disciplina y, bajo las pieles de armiño de sus vestes cardenalicias, lleva siempre, a raíz de la carne, la túnica de lana de su Orden, que cose y remienda con sus propias manos (6).

La ciudad se suma con júbilo al magno acontecimiento. Trabajo le ha costado a Fray Francisco obtener licencia para la instauración de la Universidad en Alcalá de Henares. Se le torció primero su propósito de establecerla en su pueblo natal, Torrelaguna. Echáronse encima sus vecinos y paisanos, negándose terminantemente a secundarle, porque «los estudiantes iban a comérseles las uvas de sus viñedos» (7).

El Cardenal hubo de dirigir su vista hacia otras tierras, y la fijó en la antigua «Complutum», donde se dieran las muchas exigencias requeridas por las Partidas (8) para establecer centros universitarios. «De buen ayre e de fermosas salidas debe ser la villa do quisieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes a los escolares que los aprenden vivan sanos en él e puedan folgar e rescibir placer en la tarde cuando se levantan cansados del estudio.»

Exigíase además (9) que el pueblo fuese abundante,

(5) Juan Urriza, S. J.: «La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro». Madrid, 1942.

(6) Luis Ortiz Muñoz: «Glorias Imperiales», t. II. Madrid, 1940.

(7) *Revista Nacional de Educación*, núm. 80, 1948. «Raíz y abolengo universitario de Alcalá», por Julio Angulo.

(8) Título 31; ley 2.<sup>a</sup>

(9) Lafuente: «Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España». Madrid, 1884-1889.

(1) Anselmo Reymundo Tornero: «Datos históricos de la ciudad de Alcalá de Henares». Alcalá, 1951.

(2) M. Portilla y Esquivel: «Hist. de la ciudad de Compluto, vulgarmente Alcalá de Santiuste, y ahora de Henares». Alcalá, 1725.

(3) Cfr. Anselmo Reymundo Tornero, o. c.

(4) Cfr. o. c.

barato en víveres y posadas, y hasta que honrase a maestros y escolares.

Buen emplazamiento ha escogido el Cardenal para la nueva Universidad. «Lugar tan favorecido de la Naturaleza y tan a propósito para estudios por su ameno y agradable sitio, gentil campiña, amena ribera y sereno cielo» (10). «Hay hermosas huertas y cercados de frutos en toda la ribera del río hasta las huertas de Canaleja, y en la del arroyo de Camarmilla, hasta cerca del Angel, y por las eras de San Roque y camino de Madrid» (11).

Sin que se sepa la causa, el Cardenal ha omitido en sus peticiones a Roma esa salubridad y abundancia de alimentos en la sede de la futura Universidad (12), y Alejandro VI, Pontífice Máximo, tiene buen cuidado de resaltar esos extremos en su Bula de concesión de tal honor a Alcalá, «en la que hay abundancia de víveres y salubridad de ambiente» (13).

Sin embargo, Fray Francisco ha ordenado previamente un completo saneamiento y amplia urbanización de la villa. «Ocurría que con las lluvias, por no tener despidiente la calle Mayor, recogía todas las aguas al mercado, con daño de la salud de los del lugar. El Cardenal hizo fabricar el conducto, obra que tiene más de utilidad que de fama, porque no empezó a lustrar esta villa el santo cardenal por lo más suntuoso, sino por lo más necesario. También embelleció los soportales de la plaza, poniéndoles de piedra los estribos, con lo cual podrían correr y jugar en ella los estudiantes en sus horas libres, no pudiéndose decir desde entonces lo que, cuando tenía todas las columnas de madera, dixo el rey católico: «¡ Hermosa calle, si no tuviera los pies de palo!». Finalmente, sabemos por sus contemporáneos que mandó trazar y arreglar varias calles» (14).

Unase a todas estas reformas urbanas el singular encanto de la villa, toda ella renacentista. Con razón pudo escribir el P. Juan Urriza (15): «Lo que no puede negarse es que el elemento estudiantil, los filósofos y artistas sobre todo, que estaban en edad más bullanguera, debían encontrar singular encanto en cruzar los rincones y callejas de una población renacentista toda suya; toda suya desde las encrucijadas temibles a las plazuelas soleadas; desde los aledaños de las escuelas que oscurecían con sus hábitos y alborotaban con su hervoroso clamoreo, hasta el juego de pelota que se hallaba camino de la Puerta del Vado; desde las calles de Libreros, de Escritores o del Rastro Viejo hasta la Ermita del Val, pasando por el Humilladero; desde los altos muros de los conventos enrejados a los porches de piedra de la plaza Mayor; desde la Puerta de Santa Ana hasta las eras de San Isidro. Era toda suya la villa señorial de la cultura castellana».

Los ojos de Fray Francisco no se cansarían de admirar tanta belleza en el paisaje, y a la vista del agradable conjunto se alegraría de haber escogido a Alcalá por sede de la futura Universidad. «Es de todos los pueblos del territorio nacional uno de los más llanos, pues ni en sus calles ni en su campo se nota elevación alguna digna de ser considerada, condición ésta que contribuye a aumentar la gran belleza de la llanura hermosa en que la ciudad está enclavada, que es rota solamente en la parte Sur por las grandes pendientes que conducen a los altos del Gurugú y del Zulema, macizos compactos que, perteneciendo a la cordillera de los Montes Carpetanos, forman los ele-

vados cerros que los primeros pobladores llamaron «Tarrac» y después los árabes denominaron «Zulema». Desde la altura de esos cerros se puede admirar el atrayente panorama que el conjunto de la campiña ofrece, y extasia la contemplación de la belleza soberbia y ruda que la Naturaleza nos presenta y que no deja de sentirse al bajar al pie de las laderas, pues ella se completa con la encantadora poesía que inspira el susurro de las aguas del Henares, que hace aumentar el encanto que aprisiona ese pedazo del paisaje alcalaíno (16).

No menos trabajo le ha costado al Cardenal vencer la resistencia de Salamanca, contraria en absoluto a la erección de otra Universidad en Alcalá de Henares. Fundábanse las protestas en la competencia que se establecería en los estudios, quizá ventajosa para la nueva instalación, y argüían además la existencia en Alcalá de estudios superiores, fundados por Sancho IV en 1293, y el Colegio Mayor de San Ildefonso, debido a la munificencia de Alfonso Carrillo.

Ha tenido Fray Francisco que hacer uso de su poder y autoridad para imponer su criterio (17), no sin prometer a Salamanca que sólo establecería en Alcalá la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, puesto que allí se estudia Derecho. Callaron los recelos, y el Cardenal vió llegada la hora que tanto anhelaba.

Quiso realzar el acto con su presencia y bendecir él mismo, revestido de los ornamentos de su elevada dignidad, la primera piedra de aquel edificio que, andando los siglos, constituiría uno de los más firmes pilares de la cultura patria. Tanto que aún en vida pudo el Cardenal oír preciados elogios a su obra, pronunciados no sólo por los de dentro, sino por los de fuera. Y cuentan que al visitar la Universidad Complutense Francisco I de Francia, prisionero en España a consecuencia de su derrota en Pavía, detúvose con especial complacencia en todas las aulas, y llevado de la sorpresa y admiración, dijo, al partir, al Rector: «Vuestro Jiménez ha emprendido y llevado aquí a cabo una obra, que no hubiera podido hacer yo mismo. La Universidad de París, orgullo de mi reino, es obra de muchos reyes, mientras ésta se debe sólo al cordón de Jiménez de Cisneros» (18).

Palabras éstas que, de haberlas podido escuchar Fray Francisco, le hubieran complacido en extremo, por lo que significaban de reconocimiento a una de las obras en las que puso mayor entusiasmo y celo.

Idénticos elogios salieron de los labios del Cardenal Granvela, quien afirmó que «tenía que descender de reyes quien llevaba a término tan regias empresas» (19).

Pero sí pudo oír Cisneros de su Rey las frases de alabanza, que al principio fueron de enojo y queja. Acercóse Fernando a visitar la Universidad de Alcalá, y haciéndose de noche, los criados encendieron antorchas para iluminar el recinto. Bien pronto comenzaron los juegos entre los servidores y los escolares, a quienes los primeros acercaron las antorchas para chamuscarlos. Tomaron muy a mal los estudiantes la broma, y arremetieron contra los criados, a quienes encerraron en las aulas. Enteróse el soberano del incidente y se quejó al Cardenal de la conducta de los escolares; mas Fray Francisco le respondió sin titubeos:

—Recuerde, señor, que hasta las hormigas muestran su cólera cuando se las inquieta.

Calló el monarca, y al terminar su detenida visita no pudo por menos de exclamar al fundador:

—He venido a censurar vuestra obra, pero no puedo hacer otra cosa sino admirarla, por su maravilla (20).

(10) Manuscrito 7.889, año 1498.

(11) Ibid.

(12) Pascual Galindo Romeo, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. XXXIX, pág. 317.

(13) Vicente Lafuente: «Historia de las Universidades», t. II, apéndice y cap. VIII.

(14) Juan Urriza, S. J.: «La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el Siglo de Oro, 1509-1621». Madrid, 1942.

(15) Cfr. Ibid., p. 37.

(16) Cfr. Anselmo Reymundo Tornero, o. c.

(17) Cfr. *Revista Nacional de Educación*, tomo y artículo citados.

(18) P. Félix García, O. S. A.: «El Cardenal Cisneros, su vida, sus obras». Madrid, 1924.

(19) Cfr. P. Félix García, o. c.

(20) Cfr. Anselmo Reymundo Tornero, o. c.

Extrañó al Rey la sencillez del edificio y se apresuró a manifestárselo al Cardenal:

—¿Y cómo, teniendo tan hermosos planos, habéis hecho solamente una fábrica de tierra y ladrillo?

—Señor, porque lo que yo ahora he levantado de tierra, los escolares y maestros que me sucedan lo edificarán con mármoles —respondió el egregio purpurado (21).

Bien es verdad que aquella obra era en su exterior bien sencilla. El Cardenal no quiso en modo alguno entretenerse en ornatos y magnificencias, que acaso hubieran dado al traste con su propósito. El quería, a todo trance, sentar los cimientos de la magna empresa, en la seguridad de que, como así sucedió y veremos más adelante, la Universidad contaría con el tiempo con un bello edificio, ornato y gala de la ciudad y exponente magnífico del resurgir artístico de España.

Aquella mañana del 26 de febrero de 1498 (22) el Cardenal pudo respirar tranquilo. Se trocaba en feliz realidad su sueño. Aquel sueño que concibiera la mañana en que, designado ya confesor de la Reina Isabel, fué a Palacio a visitarla y la Soberana le invitó a presenciar las clases del príncipe don Juan. Uno de los biógrafos del Cardenal (23), refiere así la escena: «Sonrió gozosa la Reina al oír aquel murmullo y señaló a Fray Francisco el lugar de donde provenía; reparó entonces éste en que había a lo largo de la pared bancos sin respaldo, y, sentados en ellos todos los pajes, oficiales y caballeros del cuarto del príncipe, seguían con avidez las lecciones; reparó también que por la ancha puerta de la sala, abierta de par en par, asomaban racimos de cabezas de hombres de todas edades y condiciones, pero especialmente jóvenes, que con igual ansia y curiosidad oían las lecciones del maestro y las disputas de los discípulos.

La Reina había mandado franquear aquella puerta a todo el que lo solicitaba, deseosa de despertar, en los cortesanos primero y en todos después, el amor y afición a las letras, al saber y a la cultura, de que daba ejemplo ella misma, y que poco a poco iba implantando en el reino.

Alzó el franciscano las manos juntas al cielo, como en acción de gracias, porque a la vista de aquel espectáculo y a la sombra de aquella mujer extraordinaria, Reina poderosa, al mismo tiempo, se le presentó por primera vez como posible el pensamiento que de continuo atormentaba su mente, como un hermoso deseo irrealizable, como una bella ilusión que nunca tendría cuerpo, como una dorada quimera fuera del alcance de sus débiles manos: ¡LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALA!...

Si hemos de creer a algunos historiadores, la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Universidad tuvo lugar a las cuatro de la tarde. Salió el Cardenal, revestido de los atributos cardenalicios, del convento de San Diego, y con gran pompa, acompañado de las autoridades y numeroso público se dirigió al solar, en el que se había abierto el hueco para la piedra. Colocó Cisneros en ella «un ejemplar de cada una de las monedas de la época, una medalla de bronce con su busto y nombre y un acta extendida en pergamino, que fué firmada por él y las personalidades presentes, quedando el escrito colocado en el interior de una imagen, metálica y hueca, de San Francisco, que el propio Cardenal dejó en aquella piedra que quedaba constituida en base inmovible del grandioso monumento que había de asombrar al mundo» (24).

A la mañana siguiente dieron comienzo las obras. Di-

(21) Cfr. Lafuente, o. c.

(22) Encontramos disparidad de fechas al señalar el día de la colocación por Cisneros de la primera piedra. Unos escritores señalan el 26 de febrero de 1498; otros las cuatro de la tarde del 28 del mismo mes y año, y los últimos, el 14 de marzo de 1499.

(23) P. Luis Coloma, S. J.: *Obras Completas*. «Fray Francisco». Madrid, 1947.

(24) Cfr. Anselmo Reymundo Tornero, o. c.

rigiólas don Pedro Gumiel, arquitecto, quien se limitó de momento a seguir las instrucciones del Cardenal, deseoso de abrir cuanto antes los Estudios. Así, la construcción fué sencilla y tosca, hecha a base de tapias térreas con entramado de ladrillos, lo que causó la extrañeza, como hemos visto, del Rey Fernando.

Diez años después, el día del Santo Patrono de España, 25 de julio de 1508, abría sus puertas la Universidad Complutense, bajo la denominación de Colegio Mayor de San Ildefonso. Entre sus primeros escolares figuraba un joven, al que la Iglesia elevaría a los altares: Santo Tomás de Villanueva.



## MARAVILLOSA ARMONIA RENACENTISTA

**P**ROFETICO estuvo el Cardenal Cisneros al contestar al Rey Católico que el edificio universitario que él levantaba de tierra, los escolares y maestros que le sucedieran lo edificarían con mármoles (25). Se acercaban para España sus días de máxima hegemonía y esplendor. ¡Comenzaba aquel glorioso Imperio en que todo fué gigantesco y colosal! La majestad de los Reyes, la estrategia de los generales, la arrogancia y el ímpetu de los soldados, la audacia de las naves en sus andanzas por los Océanos, el fulgor de las letras, las ciencias y las artes. «¡Dichosa edad aquella —escribiría siglos después Menéndez y Pelayo (26)— de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era, o se creía, el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas...»

En el firmamento de ese glorioso Imperio brillaron todos los astros. Una edad de oro se cernió sobre los espíritus, y las letras, las artes y las ciencias ascendieron al culmen de la gloria, impulsadas por aquel brío de hispanidad que agitaba las formas estáticas del Renacimiento. En su hegemonía, España llegó hasta crear una arquitectura imperial, de la que es exponente magnífico la Universidad complutense. «Desde 1500 a 1650 —escribe el Marqués de Lozoya (27)— la monarquía hispánica es

(25) Cfr. c. I.

(26) Marcelino Menéndez y Pelayo: «Historia de los heterodoxos españoles» (edición ordenada por don Miguel Artigas). Madrid, 1928.

(27) Cfr. «Historia del Arte hispánico», t. I. Barcelona, 1931.